



## LA AMAZONIA COLOMBIANA EN LA NUEVA FASE AGRÍCOLA

Homenaje al Profesor Thomas van der Hammen

Darío Fajardo Montaña<sup>1</sup>

### RESUMEN

La Amazonia, espacio compartido por varios países, ha recibido de cada uno de ellos una valoración diferente, tanto dentro de su ordenamiento espacial como de su política exterior. Para Colombia ha sido un espacio marginal, destinado a generar algunos exportables y solamente a partir de la primera mitad del siglo XX se comienza a incorporar en la política territorial del Estado colombiano. El Estado colombiano incorporó a la Amazonia dentro de una perspectiva productiva, partiendo, sin embargo, de un gran desconocimiento de sus realidades culturales y ecológicas y sus transformaciones han resultado impactadas por los conflictos internos del país. El horizonte de la crisis ambiental, energética y alimentaria plantea retos a la región y al país que han de ser asumidos desde la perspectiva de sociedad viable en términos ambientales pero también políticos y sociales.

### PALABRAS CLAVE

Política ambiental, frontera agrícola, amazonia colombiana, bioenergía, agrocombustibles, seguridad alimentaria, energía.

### INTRODUCCIÓN

La naturaleza de los hidrocarburos como recurso no renovable ha impulsado la búsqueda de fuentes energéticas alternativas o complementarias. A raíz de los incrementos de los precios del petróleo en los mercados internacionales esta búsqueda ha intensificado la ampliación de la producción y utilización de materias primas de origen agrícola para la obtención de combustibles (agrocombustibles).

De acuerdo con las condiciones de los distintos países, se aprovechan como materias primas distintos cultivos, desde la remolacha hasta el maíz, la caña de azúcar y oleaginosas como la palma africana. Países tropicales como Malasia, Indonesia, y en América, Brasil, Colombia, Costa Rica, Ecuador han desarrollado la producción de varios de estos cultivos como parte de sus economías agroexportadoras, generando impactos de distinto signo y alcance en las condiciones de vida de las comunidades locales, en el balance alimentario y en las circunstancias ambientales.

El 16 de octubre del año anterior, fecha en la que se conmemora el Día Mundial de la Alimentación, Jean Ziegler, relator especial de las Naciones Unidas para la alimentación se pronunció a este respecto, denunciando los graves efectos que está teniendo el redireccionamiento de grandes volúmenes de alimentos

<sup>1</sup> Antropólogo, historiador. Profesor de la Universidad Externado de Colombia.

hacia la producción de combustibles en la situación alimentaria mundial, al tiempo que se ha abierto un debate mundial sobre la transformación masiva de bosques tropicales, en particular de la Amazonia en áreas de producción de agrocombustibles.

Uno de estos cultivos, la palma africana (*Elaeis guineensis*), fue introducido comercialmente en Colombia desde 1945 y los estudios sobre su cultivo diagnostican la existencia de 3,5 millones de hectáreas aptas, sin ninguna restricción para su producción (Aguilera, 2002). Este cultivo ha sido impulsado por los gobiernos y los gremios vinculados a él como actividad promisoriosa para las exportaciones y el mercado nacional haciendo de Colombia el cuarto productor en el mundo.

No obstante, los conflictos sociales, económicos y políticos que han caracterizado al país, en particular los del régimen agrario, han impreso sus huellas en la producción palmera, en términos expropiación violenta y fraudulenta de tierras a comunidades campesinas y persecuciones a sindicalistas por acción de agentes del Estado asociados con grupos paramilitares, bajo la orientación de grandes empresarios, etc. Estos hechos no han sido ajenos al desarrollo de la palmicultura en otros países (Mingorance, 2004) y complejizan las perspectivas de su desarrollo.

Porciones de los departamentos amazónicos de Putumayo, Caquetá y Guaviare han sido destinadas a este cultivo, con la perspectiva de su ampliación. No



obstante, surgen inquietudes sobre el impacto de este desarrollo en términos sociales y ambientales, dados sus conocidos antecedentes.

Alimentan a estas inquietudes los alcances del conflicto social en dichas regiones, los cuales resultan agravados por la vulnerabilidad de las comunidades de colonos y el carácter especialmente precario de la tenencia de la tierra, lo cual se añade a la fragilidad ambiental de los asentamientos.

Ponen de relieve este último aspecto las condiciones de la producción agrícola, forestal y ganadera actualmente extendidas sobre nuestros ecosistemas amazónicos, las cuales generan deterioros progresivos en los recursos y en la calidad de vida de la población local. En estas circunstancias se amplían los cuestionamientos sobre el tipo de desarrollo productivo que se está implantando en la región, dadas las perspectivas de su posible aceleramiento en vista de los requerimientos energéticos de la economía mundial.

En síntesis, son tres grandes problemas a ser resueltos en interlocución con la Amazonia: la incorporación de la región al territorio nacional y el traslado hacia ella de los problemas derivados del reparto agrario; la participación de la región en las tareas frente a la crisis ambiental y, por último, la región en la búsqueda de alternativas energéticas.

Al indagar sobre estos problemas será necesario recordar la historia de la incorporación de la región al territorio nacional, sus condiciones y los efectos ambientales y sociales generados: cómo ha ocurrido esta incorporación y cuáles han sido los resultados. Por otra parte han de tenerse en cuenta las necesidades y demandas de la sociedad en su conjunto. A partir de estas apreciaciones se esbozarán algunos criterios como orientación en la búsqueda de caminos.

## TRANSFORMACIONES DE LOS ECOSISTEMAS DE LA AMAZONIA COLOMBIANA

La visión creada en las regiones andinas sobre el mundo amazónico como espacio cuasi vacío y ajeno a la pre-

sencia humana contrasta con la realidad de un mosaico de ecosistemas pleno de acción humana, con una larga historia de transformaciones de origen antrópico<sup>2</sup>.

Esta divergencia no debe extrañarnos al advertir que, aun cuando la región comprende aproximadamente el 36% del territorio nacional y la porción colombiana de la cuenca equivale a poco más del 7% de su total, la sociedad colombiana ha centrado su visión territorial sobre todo en los espacios cordilleranos.

También es evidente que la forma como cada uno de los países amazónicos (Brasil, Perú, Colombia, Bolivia, Ecuador y Venezuela) ha incorporado este espacio en su territorio, su economía y su proyección estratégica como nación ha variado de acuerdo con la localización de cada uno de ellos, con su historia y con su desenvolvimiento, así como de la proporción amazónica de sus territorios<sup>3</sup>.

Por estas mismas razones y desde la perspectiva de la transformación de las unidades biogeográficas del país, la Amazonia colombiana contiene la mayor proporción de vegetación relictual (Márquez, 2001) y al tiempo que de las cinco grandes cuencas solo la del Caribe occidental está completamente transformada, la amazónica aún presenta un elevado nivel de conservación.

Bajo la perspectiva de la formación del territorio de la nación se advierten los condicionamientos ejercidos por factores externos, en particular los mercados; tal como lo observaron Orlando Fals Borda y sus colaboradores: “el espacio historia es un ente que fluctúa. Cambiante y proceloso, hace como la ameba que se estira y encoge según las reacciones al medio ambiente” (Fals Borda *et al.*, 1988).

De esta manera el territorio colombiano se ha comportado como el símil, en sus expansiones y contrac-

ciones, movimientos que guardan relación con los mercados externos: la demanda de un determinado bien, localizado en los bordes del territorio ocupado impulsa la extensión de los asentamientos y del propio Estado para atender tal demanda; cuando ella se reduce o desaparece, los asentamientos y la presencia estatal se contraen, dinámica particularmente apreciable en la Amazonia.

Desde la etapa colonial de la nación, el territorio ha estado modelado en gran parte por los comportamientos de los mercados internacionales. Las demandas de metales preciosos definieron la localización de gran parte de los asentamientos coloniales y dentro del ordenamiento republicano, los bienes suministrados por las economías extractivistas han incidido a la delimitación y composición del territorio<sup>4</sup>.

De acuerdo con los estudios disponibles, aproximadamente a partir de 1850 y por efectos de las reformas que abrieron el país a los mercados internacionales y liberalizaron el comercio, se aceleró la transformación de los nuestros ecosistemas, incluyendo los amazónicos (Márquez, 2001).

De lo anterior se desprende que una mayor intensidad del comercio mundial ha causado, naturalmente impactos mayores, más profundos y rápidos en estos espacios. En ellos el desarrollo de actividades extractivas (minerales, forestales y faunísticas), así como productivas exigidas por los mercados internacionales, han implicado la destrucción más acelerada de los pueblos y habitats de nuestros bosques húmedos.

De esta forma las transformaciones de los ecosistemas amazónicos durante los últimos decenios parecieran haber alcanzado impactos y profundidades muy superiores a los que pudieron haberse producido durante milenios. Es dentro de esta perspectiva que tienden a considerarse los efectos de las actividades que actualmente se desarrollan en la Amazonia, particularmente las referidas a la producción de materias primas para atender las demandas de combustibles.

<sup>2</sup> El tema de las agriculturas tempranas en el bosque húmedo tropical colombiano cuenta con una valiosa: François Correa. *La selva humanizada. Ecología alternativa en el trópico húmedo colombiano*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 1990, hito en la difusión de conocimientos sobre las transformaciones prehistóricas de nuestros bosques húmedos. Esta compilación incluye uno de los valiosos trabajos de Ángela Andrade: Sistemas agrícolas tradicionales en el Medio Caquetá.

<sup>3</sup> La cuenca amazónica abarca el 75% del territorio boliviano, 74% del Perú, 58% del Brasil, 45% del Ecuador, 36% de Colombia y 6% de Venezuela (BID/LINDP/TCA *Amazonia without myths*, p. 9).

<sup>4</sup> Ver OCAMPO, J.A. *Colombia y la economía mundial 1830 1910. Siglo XXI* Editores; también MONTTOYA, C. *Economía, tecnología y apropiación de la naturaleza*. En: PALACIO, G. (ed.). *Naturaleza en disputa. Ensayos de Historia Ambiental de Colombia 1850-1995*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001.

Evidentemente las actuales capacidades de intervención sobre la naturaleza superan las existentes a lo largo de la historia de la presencia humana en la Amazonia. Sin embargo, es conveniente plantearse como referente, la comprensión de la Amazonia como un espacio transformado a través de milenios por la acción humana, capaz de grandes perturbaciones, como lo evidencian los efectos del fuego dirigido en la formación de las sabanas<sup>5</sup>.

Este referente de la Amazonia como espacio modificado a través de una prolongada intervención antrópica nos coloca en una doble perspectiva histórica: la de una “larga duración”, milenaria, cuyos alcances y profundidades se empiezan a conocer para obtener respuestas a qué tanto se transformaron los suelos y las cubiertas vegetales, qué tanto afectaron estas intervenciones a otros componentes de la biota, cómo participaron las agriculturas precolombinas en estas transformaciones.

La otra perspectiva, de corta duración, es la referida a la implantación de la agricultura como parte de las colonizaciones iniciadas en el siglo XX y sus expresiones más recientes, en particular la agricultura de plantación. Esta última comienza a ser jalonada por la crisis del “paradigma energético”, de una civilización basada en el petróleo y apunta a la producción de “agrocombustibles”, acompañado por una mayor capacidad técnica de intervención sobre los ecosistemas así como impactos sociales y ambientales indeseables, ya advertidos en las regiones en donde se ha venido estableciendo.

## LAS AGRICULTURAS DE LA AMAZONIA COLOMBIANA

Una primera consideración con respecto a la agricultura en los ecosistemas amazónicos tiene que ver con las formas como ha sido practicada y las condiciones en las que han ocurrido tales experiencias.

Junto con las evidencias de las intervenciones antrópicas aún en exploración y siguiendo a Ester Boserup

(2002), quien sustentó cómo el crecimiento de la población es un determinante de los desarrollos agrícolas, será necesario establecer los tamaños de las poblaciones que han practicado agriculturas, en términos de las relaciones entre sus tamaños y sus desarrollos técnicos y los contenidos en términos de prácticas culturales.

Específicamente, será necesario profundizar las indagaciones sobre las asociaciones de plantas y sus usos, secuencias de siembras y talas, etc., de las “réplicas del bosque” como posibilidad que podría ser considerada en el desarrollo de “nuevos” cultivos; por otra parte, adquieren mayor relevancia las investigaciones sobre las experiencias de las plantaciones, las fitopatologías y sus incidencias en la inviabilidad de los monocultivos, etc.

Como lo ha revelado la investigación arqueológica, la intervención humana sobre los ecosistemas amazónicos es un proceso milenario y sus efectos han sido profundos (un bosque “humanizado” según la afortunada expresión de François Correa) sin que se conozcan aún las magnitudes de estas transformaciones.

Frente a las inquietudes que plantea el establecimiento de la agricultura de plantación en la Amazonia conviene entonces tener en cuenta la prolongada historia de las intervenciones agrícolas en la región, a sabiendas de que aún quedan grandes vacíos en el conocimiento de las magnitudes y los significados de sus alcances.

El simposio *Pueblos y paisajes antiguos de la selva tropical amazónica*, realizado en 2004 como parte del III Congreso Colombiano de Arqueología, contempló un conjunto de investigaciones que ilustran sobre fechas y procesos de ocupación y aprovechamiento de estos ecosistemas (Morcote, 2006). Recuerdan la antigüedad de la presencia humana en la región, no inferior a los 20 mil años, como lo documenta Thomas van der Hammen y la recurrencia de la agricultura, asociada entre otros procesos a la construcción de los “suelos negros”<sup>6</sup> mediante el traslado y la aplicación de lodos como base para la producción agrícola.

<sup>5</sup> Ver SAUER, C.O. *Fire and Early Man*, entre otros artículos de su compilación *Land and Life*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press, 1967.

<sup>6</sup> Se denominan así las capas de suelos orgánicos sobrepuestas por el hombre a suelos de baja fertilidad, para posibilitar los cultivos; las conforman desechos de los asentamientos y lodos provenientes de las crecientes de los ríos. Su nombre se deriva de su color oscuro, producido por la química de sus componentes, que contrasta con las tonalidades más claras de los suelos originales.

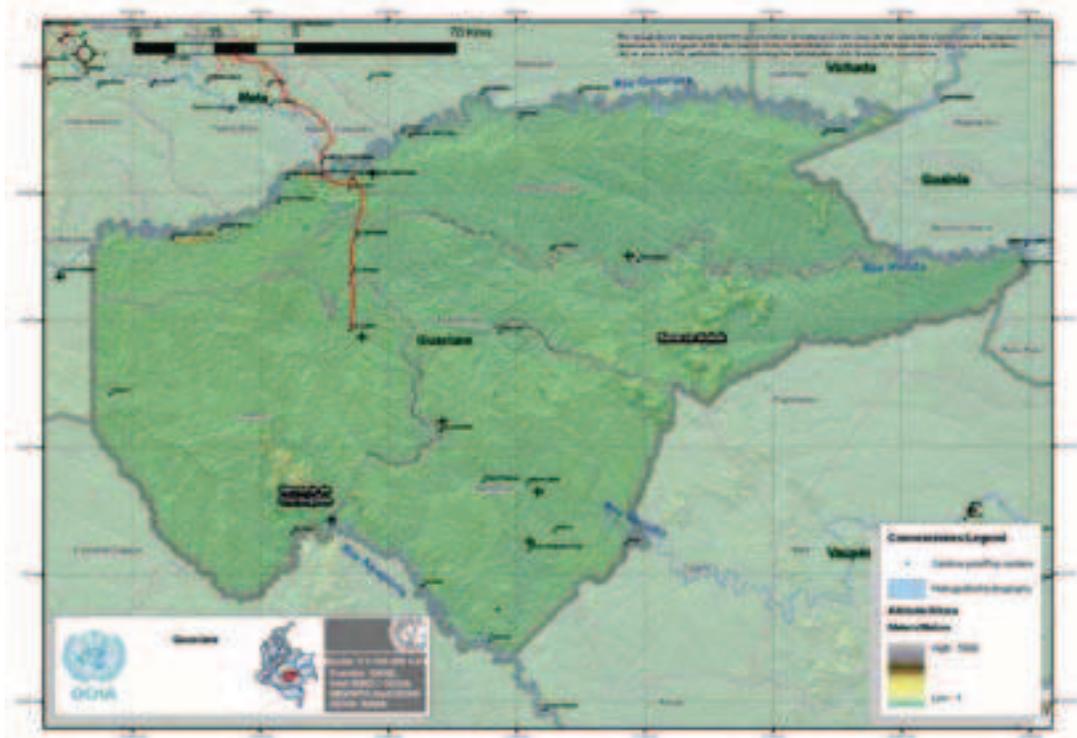
Otras investigaciones arrojan más luces sobre los trasiegos agrícolas de los pueblos de la Amazonia, como es el caso del pueblo Nukak, del interfluvio de los ríos Inírida y Guaviare, en el norte de la Amazonia (mapa 1). De acuerdo con varios investigadores<sup>7</sup>, estas comunidades elaboraron un patrón de aprovechamiento del bosque combinando el uso de las especies silvestres y las domesticadas (recolección y cultivo), transformando su distribución espacial y su concentración mediante talas selectivas, traslado de plantas durante sus desplazamientos.

Gracias a estas técnicas han generado “huertos silvestres”, periódicamente fertilizados con cenizas e incidido en la composición del bosque, de donde se deduce que debido a la acción de este y otros pueblos de rasgos culturales similares “el bosque húmedo tropical amazónico ha sido y continúa siendo transformado por la acción humana, generando procesos mediante los cuales se cualifica la oferta que este corrientemente suministra” (Cabrera, *et al.*, 1999, p. 226).

Los alcances de estas transformaciones los ilustra el caso de las exploraciones del Museo Nacional de Río de Janeiro y la Universidad de la Florida en el Alto Xingú, Brasil, las cuales reportan el descubrimiento de asentamientos sustentados en aprovechamientos agrícolas del bosque<sup>8</sup>.

Los relatos de los cronistas que recorrieron la Amazonia en los años iniciales de la colonización hacen mención de pueblos ribereños de importante magnitud y, de años posteriores quedaron los registros de las actividades de holandeses y portugueses, quienes ascendieron por el río Caquetá y otros afluentes. Como es bien conocido, ya en el siglo XIX, el establecimiento de la extracción cauchera se sustentó en la despiadada explotación de las comunidades asentadas en la cuenca del Putumayo, muchas de las cuales fueron destruidas en su casi totalidad.

MAPA I. DEPARTAMENTO DE GUAVIARE, TERRITORIO NUKAK



<sup>7</sup> Ver POLITIS, G. *Los Nukak*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Sinchi, Bogotá, 1996; CABRERA, G., FRANKY, C., MAHECHA, D. *Los Nukak: nómadas de la Amazonia colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1999.

<sup>8</sup> Tierramérica.

Los resultados de las indagaciones sobre el aprovechamiento productivo de los suelos amazónicos afianzan la valoración de la región como un extenso espacio de vida, en el cual se han desarrollado experiencias milenarias de asentamientos humanos, soportados en el conocimiento de cientos de especies vegetales y animales, la domesticación y el manejo de plantas, y la adecuación de suelos y ecosistemas.

## AGRICULTURAS Y GANADERÍAS AMAZÓNICAS A PARTIR DEL SIGLO XX

Luego de la irrupción de la conquista europea este espacio permaneció en gran medida al margen de las nuevas sociedades. Con las excepciones de algunas exploraciones de viajeros y asentamientos realizados por holandeses y portugueses, ascendiendo desde el Brasil por el río Caquetá, las penetraciones y formaciones de asentamientos que ocurrieron a partir de entonces se originaron en la región andina (actuales departamentos de Nariño, Cauca y Huila) siguiendo dos direcciones: inicialmente y ya desde finales del siglo XVI, hacia el oriente y el suroriente, dentro del piedemonte amazónico. Luego, ya en el siglo XX, estas corrientes colonizadoras, provenientes de departamentos de interior (Tolima, Valle, Cundinamarca, Boyacá y del norte y nororiente del Meta) se dirigieron hacia el sur de la región<sup>9</sup>.

Los primeros han sido documentados por María Clemencia Ramírez (1996), quien se refiere a la formación de asentamientos mineros en varias localidades del alto piedemonte del Putumayo (mapa 2). Estos asentamientos aprovecharon las antiguas poblaciones precolombinas de quillacingas, inganos y sucumbíos, pueblos que habían establecido sistemas de complementación vertical, según la propuesta del antropólogo John V. Murra, entre los Andes y la Amazonia, haciendo tránsitos permanentes hacia Mocoa. Durante el siglo XVIII esta región presenció las actividades de misioneros que no lograron estabilizarse debido a la resistencia de los pueblos indígenas.

<sup>9</sup> Ver ARCILA N., O. *et al.*, *Caquetá: construcción de un territorio amazónico en el siglo XX*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Sinchi, 2000.

La penetración de la Amazonia noroccidental tiene antecedentes tempranos en la sociedad colonial, como lo ha establecido Mariano Useche (1984) y se hace más sistemática desde finales del siglo XIX con las actividades extractivas estudiadas en especial por dos tendencias sucesivas pero también coexistentes: la de las economías extractivas y la de expansión de la agricultura de plantación y más recientemente del “modelo agroexportador”, que será examinado más adelante.

Hacia finales del siglo XIX se realizaron varias expediciones en busca de quina y caucho, abriendo una nueva fase de las economías extractivas. Las caucherías, estudiadas por Roberto Pineda<sup>2</sup> (1985) Camilo Domínguez y Augusto Gómez<sup>2</sup> (1990), si bien no generaron asentamientos estables sí dieron pie a la ampliación de la frontera agraria y más exactamente a la extensión del territorio nacional.

Como lo recuerda Ramírez (2001), en 1906, durante la administración de Rafael Reyes, la misión capuchina inició la construcción de carreteras en el Putumayo y luego, con ocasión de la guerra con Perú, comenzó a ampliarse la red vial en el piedemonte, facilitando el ingreso de colonizaciones campesinas procedentes de Nariño, las cuales iniciaban la construcción de sistemas productivos en los que se combinaban prácticas agrícolas andinas con las amazónicas.

Mario Mejía (1993) reseña el estudio de Joaquín Rocha, en el cual identifica, en 1898, remanentes de la economía extractiva de la quina en el alto Caquetá, apoyada en ganaderías vacunas y cultivos de plátano y hortalizas como expresión de “la primera modalidad espontánea republicana de transformación del paisaje de selva amazónica”, la cual habría de convertirse en la expresión contemporánea de “potrero-cañal-maizal-patio en manos de pequeños campesinos”. Desde 1928 en adelante colonos mestizos realizaron un descenso paulatino por el Putumayo hacia Leticia, territorios de huitotos y demás etnias sobrevivientes de las caucherías, descenso sostenido en colonizaciones espontáneas o auspiciadas por el Estado.

A comienzos de los años 1930 y como resultado de los reajustes de la economía mundial, el país atrave-

saba por una fase de conflictos de distinta naturaleza: presiones externas e internas buscaban adecuar la economía y la sociedad a su entorno, en tanto que otras fuerzas pujaban por preservar el statu quo, en particular su régimen político, el laboral y el de la propiedad agraria.

En estas condiciones el país entró entonces en una etapa de redefiniciones sobre las orientaciones políticas económicas y sociales que habría de seguir en su ordenamiento interno y en sus relaciones internacionales: sería su ingreso a la “modernización”<sup>10</sup>.

Sin embargo, estas redefiniciones se impusieron preservando las relaciones constituyentes del poder. A partir de 1936, las instituciones políticas tomaron su rumbo a favor de la intangibilidad de la gran propiedad como pilar del desarrollo agrario<sup>11</sup>. El afianzamiento de esta definición, con profundas implicaciones en el desarrollo histórico de la sociedad colombiana, como veremos luego, se produjo finalmente a partir de 1946, con el aplastamiento de las posiciones renovadoras a través de esa guerra civil conocida como La Violencia.

MAPA 2. OCCIDENTE DEL DEPARTAMENTO DE PUTUMAYO



<sup>10</sup> Ver HENDERSON, J. *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889 -1965*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.

<sup>11</sup> Ver LEGRAND, C. *Colonización y protesta campesina en Colombia 1850-1950*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1985.

El campesinado, debilitado por el agresivo reforzamiento del régimen agrario latifundista debió buscar tierras en los bordes de la frontera agraria<sup>12</sup>. A partir de entonces, las colonizaciones incipientes de los bordes de la Amazonia colombiana, en particular del piedemonte del Putumayo y Caquetá recibieron nuevos y mayores contingentes de población como resultado del conflicto que comenzaba a desatarse en el país.

En esta misma etapa comenzó a desarrollarse el frente de penetración procedente del oriente y del sur del departamento del Meta<sup>13</sup> (alto y medio Ariari), el cual habría de encontrarse décadas más tarde con el frente caqueteño de la colonización, a través de la vía que comunica las poblaciones de La Macarena, en el Meta y San Vicente del Caguán, en el noroccidente del Caquetá, ya a finales del siglo XX.

## LAS COLONIZACIONES, ALTERNATIVA A LA REFORMA AGRARIA

Pasadas las primeras etapas de la guerra civil, el gobierno colombiano asumió una tímida reforma agraria<sup>14</sup>, teniendo en consideración las relaciones entre la concentración de la propiedad, la pobreza y el conflicto armado<sup>15</sup>, aspecto que también fue analizado e interpretado por el gobierno norteamericano como un riesgo subversivo comparable al que estimuló la insurgencia cubana por esas mismas fechas. En razón de estas consideraciones el gobierno del presidente J.F. Kennedy apoyó la reforma agraria colombiana con recursos de su programa Alianza para el Progreso.

<sup>12</sup> Estas condiciones responden a patrones universales en la evolución de las relaciones de propiedad cuando no se resuelve la dominación política del monopolio de la tierra están apropiadamente sintetizadas por BINSWANGER, H. et al. En: *Power, Distortions, Revolt, and Reform in Agricultural Land relations*. The World Bank, WPS1164, 1993, p. 14 y ss.: *Economic distortions*.

<sup>13</sup> Ver GONZÁLEZ, J.J., MARULANDA, E. *Historias de frontera. Colonización y guerras en el Sumapaz*. Bogotá: Cinep, 1990; GONZÁLEZ, J.J. *El estigma de las repúblicas independientes 1955-1965*. Bogotá: Cinep, 1992; LEAL, C. *A la buena de Dios. Colonización en La Macarena. Ríos Duda y Guayabero*. Bogotá: Cerec, 1995; PRADA, E. *La vida que vivimos*. Bogotá: Ediciones Aurora, 2008.

<sup>14</sup> Esta reforma fue calificada como marginal por Antonio García en sus escritos sobre el tema; ver, de este autor *Sociología de las reformas agrarias en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones Cruz del Sur, 1973.

<sup>15</sup> Hernán Toro Agudelo, autor de la ponencia de la que sería la Ley 135 de 1961, Ley de Reforma Social Agraria, desarrolló esa argumentación en sus escritos, contenidos en su compilación *El problema social agrario en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1985.

No obstante estas circunstancias, la oposición de los grandes propietarios de tierras, de los empresarios agropecuarios y de otros sectores asociados a ellos cerró el paso a la reforma; doce años más tarde estos sectores, los jefes de los partidos políticos tradicionales y la dirección del Estado llegaron a un acuerdo, conocido como el Pacto de Chicoral, el cual dio marcha atrás a las posibilidades de expropiar latifundios ociosos.

El pacto fue instrumentalizado a través de las leyes 4 y 5 de 1973 y 6 de 1975, las cuales restringían la afectación de las tierras ociosas y abrieron paso a la sustitución del reparto agrario a favor de los campesinos carentes de tierras en el interior de la frontera agraria por las titulaciones de baldíos en regiones marginadas, una constante de la legislación agraria desde el siglo XIX, como lo constata LeGrand<sup>16</sup> en su reconocido estudio ya citado.

Estas titulaciones habrían de tener lugar en los escenarios de las colonizaciones espontáneas y en los de los programas de colonización dirigida, a cargo del Instituto Colombiano de la Reforma Agraria (Incora) (1974) en territorios de la Amazonia como Caquetá, Putumayo y Guaviare, entre otras regiones.

La exclusión de la redistribución de la tierra y el extrañamiento de los campesinos hacia las fronteras no logró efecto distinto que la postergación y ampliación de los conflictos en muy corto plazo.

Las acciones militares del Estado contra la resistencia campesina, la descomposición y el malestar de estas comunidades ampliaron los escenarios de conflicto a estas regiones, en las que se incubaron formas de insurgencia armada y se facilitó la implantación de la producción de las materias primas de la economía del narcotráfico, a las que se hará referencia más adelante, en medio de la reconocida ausencia de los beneficios del desarrollo.

Los niveles de tensión política y social alcanzados por la acumulación de estos conflictos una vez terminada la vigencia del Frente Nacional restaron gobernabilidad al Estado, hecho que condujo a la búsqueda de pactos de paz entre el gobierno y la insurgencia, movimientos que concreta el gobierno del presidente Belisario Betancur.

<sup>16</sup> LeGrand, Catherin, *El agro y la cuestión social*. Tercer Mundo. Bogotá. 1994



Los acuerdos de paz con la insurgencia generaron expectativas dentro de las comunidades de colonos y en una de estas zonas, en la cuenca del río Caguán, Caquetá, (mapa 3) alcanzó a adelantarse una propuesta, elaborada entre algunas instituciones del Estado y representantes de las comunidades, para desarrollar un plan de manejo productivo y ambiental de la región.

Las cuencas de los ríos Pato y Caguán fueron escenarios de la extracción de quinas a finales del siglo XIX y de colonizaciones en el marco de los conflictos de los años 1940 y 1950. Durante esta fase de la guerra, y debido a sus condiciones geográficas, la región se convirtió en refugio de algunas comunidades desplazadas y base de movimientos de autodefensa campesina, por lo que fue señalada como una de las “repúblicas independientes” (González, 1992).

A mediados del decenio de 1960, el Estado adelantó en ésta y en otras regiones intensas operaciones militares dirigidas a reducir estas expresiones de resistencia armada, sin lograr plenamente sus propósitos. En 1985, en el marco de los acuerdos de paz liderados por el presidente Betancur, se convino entre el gobierno, las comunidades y la insurgencia, realizar un proyecto cuyos contenidos fueron expuestos en el “Anteproyecto del Plan de Desarrollo del medio y bajo Caguán” (Jaramillo *et al.*, 1989).

Esta iniciativa resultó frustrada al romperse los acuerdos de paz, durante la siguiente administración. Pocos años después volvió a abrirse paso la idea de alcanzar acuerdos entre el Estado y las comunidades de colonos para desarrollar formas de manejo sostenibles de los ecosistemas amazónicos. El contexto fueron los crecientes conflictos agrarios en las zonas de colonización, generados por el narcotráfico y la ausencia de soluciones para los mismos.

Algunas comunidades de colonos localizados en la Serranía de La Macarena, occidente del departamento del Meta, plantearon al investigador Alfredo Molano la propuesta de un acuerdo con el gobierno para recibir la titulación de las tierras abiertas por ellos en esa reserva natural, a cambio de lo cual se comprometían a desarrollar un manejo sostenible de los bosques, bajo la figura de “zonas de reserva campesina”.

La iniciativa coincidía con las investigaciones adelantadas por el Instituto Sinchi en las vegas del Guaviare, encaminadas a crear alternativas para los asentamientos campesinos localizados al sur de ese departamento y en otras regiones de la Amazonia. Estas inquietudes se inscribían en las agendas de la investigación amazónica y en la búsqueda de alternativas para la producción de la coca<sup>17</sup>.

La propuesta fue incorporada en la nueva Ley de Reforma Agraria (160 de 1994) y, luego de algunas dificultades, puesta en aplicación en los proyectos piloto de El Pato (alto y medio Caguán), Calamar (Guaviare) y Cabrera (Cundinamarca), propuestos por las organizaciones de colonos y financiados por el Banco Mundial<sup>18</sup>, durante las conversaciones de paz del gobierno del presidente Andrés Pastrana con la guerrilla de las Farc, a finales de los años 1990.

En el proyecto de El Pato (Caguán) se intentó dar continuidad a los delineamientos del proyecto anterior impulsado durante la administración Betancur, referidos a recuperación de suelos y bosques, protección de fauna silvestre, ganaderías sostenibles, etc.; en Calamar la propuesta técnica recogió varias iniciativas de los colonos para la recuperación y manejo del bosque, producción silvopastoril, manejo de frutales amazónicos, varias de ellas experimentadas por el Instituto Sinchi<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> Ver FAJARDO, D. *Pura sembrar la paz hay que aflojar la tierra*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2002.

<sup>18</sup> Ver THE WORLD BANK. *Project Appraisal Document on a Proposed Loan in the Amount of US\$5 million to the Government of Colombia for a Peasant Enterprise Zones for Peace Project*. 1998.

<sup>19</sup> La Universidad Javeriana realizó una evaluación de este proyecto, recogida en el libro de ORTIZ G., C. *et al.*, *Zonas de reserva campesina. Aprendizaje e innovación para el Desarrollo Rural*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2004.

MAPA 3. OCCIDENTE DEL DEPARTAMENTO DE CAQUETÁ: MEDIO Y BAJO CAGUÁN



La ruptura de las conversaciones de paz y la remilitarización de estas regiones en 2002 se tradujo en el desmantelamiento del proyecto de las reservas campesinas, figura que sin embargo permanece en la Ley 1152 de 2007, la cual ha incorporado la legislación previa sobre desarrollo rural.

## DE LAS ECONOMÍAS EXTRACTIVAS A LA PRODUCCIÓN AGROPECUARIA EN LA FRONTERA AMAZÓNICA

Las colonizaciones impulsadas por el Estado contemplaban componentes en titulación de las tierras, infraestructuras viales, servicios médicos y educacionales.

Fueron concebidas como “incorporación de nuevas áreas a la producción”, lo que implicaba el impulso a proyectos productivos agropecuarios. Además de los problemas de articulación con los mercados regionales y aún locales, por no mencionar el nacional, estas iniciativas encontraban una primera y gran dificultad cual era la ausencia de conocimientos sistemáticos sobre el bosque húmedo y sus condiciones agroecológicas.

Para finales de los años 1970 y comienzos de 1980, el interés del Estado en la región coincidió con el de otros sectores internacionales y nacionales. De esta motivación surgieron varias iniciativas en torno a la problemática de la región, una de ellas fue el Programa Radargramétrico de la Amazonia (Proradam), desarrollado por Holanda y del cual surgió la Corporación para el Desarrollo de la Amazonia, Araracuara, hoy Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Sinchi. También se ubica en esta perspectiva la conformación del Comité Nacional de Investigaciones sobre la Amazonia (Conia), junto con otras iniciativas similares.

No obstante, el estado de las investigaciones sobre la Amazonia era aún muy incipiente, como lo revela una presentación del ingeniero Jaime Navas (1982) al respecto, pero ya para entonces avanzaban los primeros proyectos de colonización en la región, intentando generar condiciones de vida viables para los asentamientos generados.

La búsqueda de condiciones económicas que dieran sostenibilidad a las colonizaciones coincidió con demandas de los mercados nacionales e internacionales de cacao, caucho y palma africana, cultivos que muestran lentos avances en especial a partir de 1960, momento en el cual se afianza la “agricultura comercial” en el interior del país. Sin embargo, en la Amazonia colombiana los bosques no cedieron inicialmente su espacio a las agriculturas de plantación sino a las praderas, con comprobado deterioro de los suelos y ecosistemas<sup>20</sup>.

<sup>20</sup> La Corporación Araracuara publicó algunos de estos estudios en varios números de su revista *Colombia Amazónica*.

Esta perspectiva colocaba entonces su énfasis en la producción, más que en la extracción, como se deriva del estudio de Navas (1982), quien consideraba que existía un consenso entre la mayoría de los investigadores a favor de las explotaciones forestales como las más apropiadas para la región, con mejoramientos en productividad y maderabilidad de las especies existentes, combinadas con otros cultivos comerciales (cacao, palma africana, caucho, frutales, plátano). Estos cultivos habrían de ser desarrollados en sistemas de producción “multiestrata”, recomendables por cuanto con ellos “se reproduce la arquitectura del bosque natural, evitándose los cambios ecológicos que pueden conducir al deterioro de los suelos” (Navas, 1982, p. 59).

La colonización de baldíos como sucedáneo de la reforma agraria condujo a la rápida dinamización de frentes de colonización en el piedemonte de la Orinoquia (Casanare, Arauca) y de la Amazonia (Meta, Caquetá, Putumayo), las vegas, sabanas y selvas del Guaviare, el valle del Magdalena Medio, Urabá y litoral Pacífico.

Poco menos de diez años más tarde, se reportaban en el Guaviare más de 140 mil hectáreas de selvas y sabanas naturales transformadas en praderas, con un hato de 70 mil cabezas; en el Caquetá, un inventario de cerca de un millón de cabezas, más de 5 mil en los alrededores de Leticia, 150 mil en el Putumayo. Mejía considera que, a partir de estos estimativos podría concluirse que para sostener 1,5 millones de cabezas fueron afectadas severamente cerca de 2,5 millones de hectáreas de bosques y sabanas naturales.

Posiblemente, la coincidencia de este nivel de expansión de las praderas con un ciclo climático generó extendidos incendios en la región entre 1979 y 1985, los cuales arrasaron cientos de miles de hectáreas en el Caquetá, la cuenca media del Vaupés, del Caquetá y el Putumayo.

Estos impactos en el piedemonte amazónico son una grave advertencia, si se tiene en cuenta el significado de la expresión con la que el escritor Petru Popescu titulara su memoria sobre la expedición de Loren McIntyre en busca de las fuentes del gran río: *El Ama-*

*zonas nace en el cielo* (Popescu, 1993). La alerta es clara: la destrucción de los ecosistemas cordilleranos que convergen en el piedemonte tendrá efectos negativos incalculables en la cuenca, en la medida en que gran parte del agua que alimenta a esta última es captada en las alturas andinas.

Las conclusiones de Navas sobre la posibilidad de desarrollar ganadería extensiva “aplicando prácticas conservacionistas” parecen entonces reñir con los resultados de estudios más recientes sobre el impacto de esta actividad.

Estos últimos parecen orientarse a favor de prácticas “silvopastoriles” en las cuales se establecen plantaciones forestales variadas (con especies maderables, frutales y forrajeras) y distancias de siembra más amplias que en las plantaciones forestales corrientes, seguidas de forrajes herbáceos como el kudzú (*Pueraria phaseoloides*). Cuando los árboles alcanzan un crecimiento adecuado, se introduce ganado, en cual aprovecha los forrajes, con las ventajas de contar con la protección del follaje a la exposición al sol, lo que le proporciona mayor tiempo para pastaje, al tiempo que aporta la fertilización de los suelos con sus desechos.

El elemento dominante es, sin embargo, la presencia de los cultivos permanentes, incluyendo la palma aceitera. Según lo planteara Paulo de Társo Alvim, uno de los más reconocidos estudiosos de las agriculturas amazónicas, la principal ventaja de estos cultivos (perennes) “es la protección que brindan contra la degradación, del suelo provocada por la lixiviación, la erosión y la compactación” (Alvim, 1982, p. 236). Sin embargo, estos cultivos, por la forma como se han implantado, presentan limitaciones de carácter social que se examinarán más adelante.

## LOS CULTIVOS PARA EL NARCOTRÁFICO EN LA AMAZONIA

Uno de los efectos más profundos de la ausencia de una reforma agraria en Colombia es el afianzamiento de sistemas de propiedad y uso de la tierra que han favorecido la concentración de la propiedad, desequilibrios en el desarrollo regional y en la distribución



del ingreso y el deterioro de los ecosistemas y el patrimonio ambiental del país.

Estos procesos han ido de la mano con desplazamientos forzados y relocalizaciones traumáticas de la población, las cuales, además de haber sido generadas en medio de la desarticulación de muchas comunidades y de su desarraigo, han conducido a la formación de asentamientos carentes del acompañamiento adecuado de la sociedad y del Estado.

Como consecuencia, a partir del afianzamiento de la vía de desarrollo agrario sin redistribución de la tierra, las regiones comprendidas dentro de los llamados Territorios Nacionales (intendencias y comisarías, convertidas en departamentos a partir de la constitución de 1991) fueron escenario de continuas movilizaciones de protesta (paros cívicos) en demanda de inversiones para atender los servicios básicos.

Estas carencias eran solo una parte del déficit que afectaba a estas regiones y que vino a facilitar la implantación de los cultivos de marihuana y coca y las operaciones del narcotráfico para comercializar sus productos. Fue la solución que encontró una porción importante de personas a las restricciones a la supervivencia que presentaban estas regiones.

La localización de los colonos en regiones apartadas de los mercados, carentes de servicios básicos, añadida a otros factores propios de la sociedad colombiana<sup>21</sup> facilitaron el que, en medio de esta fase de transformación agrícola y pecuaria de la Amazonia irrumpiera en la región el establecimiento de los cultivos de marihuana y coca, proceso al que se hará breve referencia, teniendo en cuenta que ha sido documentado y analizado en una vasta bibliografía<sup>22</sup>.

Los relatos sobre cómo llegaron los cultivos, el aprendizaje, la comercialización, la acción de las mafias para expropiar a los colonos del producto, las intervenciones de las autoridades, la acción de la guerrilla, han ocupado páginas excelentes de escritores, sociólogos, economistas. De ellas se extrae una corta e intensa historia en la que los colonos ensayan la producción y los primeros pasos del procesamiento (prensado de la marihuana, producción de la base de cocaína), al tiempo que los traficantes desarrollan los sistemas de procesamiento más sofisticados a partir de la base importada de Perú y Bolivia.

Desde ese momento hasta el presente, han ocurrido una serie de modificaciones en la cadena de la cocaína, iniciada con el establecimiento de laboratorios para el procesamiento de la base de cocaína importada de Perú y Bolivia, continuada con la expansión de los cultivos.

Inicialmente se configuró sobre un conjunto heterogéneo de plantaciones productoras de hoja de coca, desde ¼ de hectárea hasta 80 o más, combinadas con el desarrollo de los laboratorios para el procesamiento de la hoja y la elaboración de la base de cocaína, a partir de la pasta obtenida ya localmente ya importada de Perú y Bolivia y el tráfico de pasta y base de cocaína.

A mediados de los años 1990, cuando parece estar en pleno auge esta agroindustria se evidenció una diferen-

ciación, registrada por Sergio Uribe (1997), en la cual se percibía un sector “comercial”, representado por plantaciones de más de dos hectáreas, con cinco o más cosechas al año y rendimientos de entre 1,6 y 2,8 kilos de base por hectárea en cada cosecha, localizada en la Amazonia; por otra parte, un sector campesino, con cultivos desde 100 matas hasta dos hectáreas, rendimientos inferiores a 2 kilos por hectárea por cosecha, localizados, según Uribe “en todas las regiones del país”.

Después de sucesivos auges y contracciones, el proceso de producción de la hoja, su procesamiento y el tráfico de los derivados ha llegado a una aparente estabilización, regulada por la demanda. Durante este proceso, los estimativos del área en producción registraron un crecimiento sostenido hasta las 160 mil hectáreas hacia el año 2000 y un descenso, en los años siguientes hasta 60 mil hectáreas, para llegar actualmente a una producción cercana a las 600 toneladas anuales, en 99 mil hectáreas cultivadas<sup>23</sup>.

La evolución de la industria de la cocaína comparte algunos aspectos con otras economías de base agraria, en particular los referidos a la generación y apropiación de excedentes. En las etapas iniciales de la industria y como se señaló, coinciden temporalmente la instalación de cultivos de distintas extensiones y la operación de laboratorios para procesar pasta importada y producida localmente.

Esta fase tuvo una expresión en la localización y destrucción de los laboratorios de “Tranquilandia”, sobre el río Yarí, en el Caquetá, hecho que continúa teniendo resonancia en la vida política del país. Una vez se afianzó en Colombia la tecnología de la producción de la hoja, se produjo la expansión de cultivos y laboratorios con importantes variaciones regionales (UNODC, 2008, p. 38 y ss.) y junto con ella, la difusión de los capitales del narcotráfico hacia el conjunto de la economía colombiana.

En las áreas inicialmente productoras de hoja y pasta de coca, el cultivo y primeras fases de transformación

<sup>21</sup> Thoumi, F. (*El imperio de la droga*. Bogotá: Planeta, 2006) realiza una sugestiva exploración sobre las condiciones sociológicas, económicas y políticas que favorecieron la implantación de esta industria en Colombia, con dimensiones y alcances mayores a los ocurridos en Perú y Bolivia.

<sup>22</sup> Ver THOUMI, F. et al. *Drogas ilícitas en Colombia. Su impacto económico, político y social*. Bogotá: Ediciones Ariel, 1997; DE REMENTERÍA, I. *La guerra de las drogas*. Bogotá: Planeta, 2000; CAMACHO G.A. (ed.). *Narcotráfico: Europa, Estados Unidos, América Latina*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2007.

<sup>23</sup> Ver United Nations Office on Drugs and Crime (UNODC). *Colombia. Monitoreo de cultivos de coca*. Junio de 2008, p. 44; Washington Office on Latin America (WOLA). *La aspersión de cultivos de uso ilícito en Colombia. Una estrategia fallida*. Bogotá, 2008, p. 51.

servieron de apoyo para la ampliación de fincas ganaderas en los bordes la frontera, tal como lo documentó Luis E. Acosta (1994).

Existe un consenso amplio en torno a los muy limitados logros de las políticas de control de drogas aplicadas en el país<sup>24</sup>, en particular las centradas en la erradicación forzada (fumigaciones)) (Vargas, 1999)<sup>25</sup>; éstas no han sido exclusivas y el gobierno, con recursos propios y cooperación internacional ha impulsado diversas iniciativas para lograr desarrollos alternativos.

## LOS AGROCOMBUSTIBLES, NUEVA FASE DE LAS AGRICULTURAS DE PLANTACIÓN

Desde hace varios años, particularmente en Brasil, importantes porciones de la Amazonia se están destinando a la producción de “biocombustibles” o más apropiadamente, de “agrocombustibles”, denominación de los carburantes sustitutos o complementarios de los hidrocarburos. Esta tendencia comienza a extenderse a la porción amazónica de nuestro territorio, en particular en el piedemonte y se ha afianzado en otras regiones de la frontera agraria colombiana.

Estos desarrollos responden tanto a la reducción de las reservas mundiales de petróleo como a las operaciones especulativas sobre este recurso. Con anterioridad al reciente incremento de los precios del crudo varios países iniciaron la investigación sobre agrocombustibles y la producción de sus materias primas<sup>26</sup>, su transformación e incorporación a la oferta de carburantes.

En la medida en que continúa el ascenso del consumo del petróleo y se incrementan sus precios y los de sus derivados, se amplía la producción de cultivos destinados a este fin. Además, y más grave aún, está ocurriendo la reorientación de una proporción significativa de cultivos previamente destinados a la alimentación humana

y animal, a la industria de los carburantes, afectando la balanza alimentaria y el acceso a los alimentos, como resultado de escaseces relativas, restricciones a las ventas de algunos de estos bienes y alzas en sus precios.

La utilización masiva de cultivos como agrocombustibles está ocurriendo en el contexto del cambio climático, en el que pueden incidir negativamente varios procesos: de una parte, la quema de bosques para limpiar terrenos destinados a la producción de estas materias primas, tal como ha ocurrido en varias partes del globo, particularmente en Malasia.

De otra, la aplicación masiva de los agroquímicos requeridos por los “paquetes tecnológicos” de estos cultivos; a lo anterior se agregan la compactación de suelos destinados a esta producción carburantes y los impactos derivados de la irrigación requerida por las plantaciones<sup>27</sup>.

Colateralmente, en Colombia, como en otros países, el establecimiento de plantaciones ha ocurrido en muchas ocasiones asociado al despojo violento de tierras a comunidades campesinas y a la imposición de condiciones laborales precarias a los trabajadores en estas unidades productivas, hechos que amplían la sumatoria de conflictos presentes en nuestra Amazonia.

El desarrollo reciente de la palmicultura en Colombia ha sido objeto de debates, pues de un lado los gremios de productores y exportadores y el gobierno la defienden como fuente de divisas, generación de empleo y provisión de materias primas para la industria, ventajas que se contraponen con las condiciones sociales y políticas asociadas a él.

La “competitividad” del cultivo destacada por los gremios y por el gobierno resulta de varios factores: de una parte, de la baja tributación de la tierra característica del país<sup>28</sup>, a la que se añade sus bajos costos, resultantes de que, en muchas oportunidades estas tierras han sido arrebatadas a comunidades campesinas como en el caso del Atrato y parte importante

<sup>24</sup> Ver CAMACHO G.A. (ed.). *Narcotráfico: Europa, Estados Unidos, América Latina*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2007; Coletta Youngers, entre otros.

<sup>25</sup> Vargas Meza, Ricardo. *Fumigación y conflicto: políticas antidrogas y deslegitimación del Estado en Colombia / Fumigation and conflict: anti-drugs policy and dislegitimation of the Colombia State*. Santafé de Bogotá, D.C; Tercer Mundo; 1999. 279 p.

<sup>26</sup> Brasil.

<sup>27</sup> Ver ALTIERI, M.A., BRAVO, E. La tragedia social y ecológica de la producción de biocombustibles agrícolas en América. *Semillas*, nos. 34 y 35, diciembre 2007.

<sup>28</sup> Ver KALMANOVITZ, S., LÓPEZ E. *La agricultura colombiana en el siglo XX*. Bogotá: Banco de la República, 2006, p. 345 y ss.



de la costa Pacífica<sup>29</sup>. Por otra parte, los costos de la mano de obra resultan igualmente reducidos gracias a la “flexibilización laboral” y al desmantelamiento de las organizaciones de los trabajadores, factores a los que se añaden los subsidios entregados a los grandes productores, reforzados por la Ley 1133 de 2007 (“agroingreso seguro”). Estos beneficios compensan generosamente los costos de instalación del cultivo, estimados en US\$ 4 mil por hectárea.

No existe total certeza sobre las magnitudes de las reservas de hidrocarburos pero su carácter de recurso no renovable le pone límites a su disponibilidad, lo cual conduce a la humanidad a la necesidad de prever y construir un nuevo “paradigma”, en el cual han de concurrir las distintas fuentes energéticas, de acuerdo con sus disponibilidades, los desarrollos tecnológicos y, por encima de todo, con criterios centrales y compartidos de racionalidad y sostenibilidad.

Las previsiones para el desarrollo creciente de los agrocombustibles como complemento y sustituto parcial de los hidrocarburos plantean grandes retos y riesgos a los abastecimientos de alimentos y al manejo adecuado de diversos ecosistemas. De acuerdo con distintas fuentes entre ellas un informe de FAO<sup>5</sup> (2006) y varias comunicaciones de prensa, durante los dos últimos años se vienen registrando tanto problemas en la oferta mundial de alimentos como en los precios de los mismos; según la revista *Semana*<sup>5</sup> (2008) ya a principios del segundo trimestre de este año se contabilizaban aumentos sensibles en los pre-

cios de algunos alimentos básicos como trigo (130%), soya (87%), arroz (74%) y maíz (31%).

Parte sustancial de estos problemas está relacionada con los precios del petróleo, cuya alza ha incidido en la reorientación de varios productos agrícolas del consumo alimentario hacia la producción de combustibles de origen agrícola, como lo señaló Jean Ziegler, en la oportunidad comentada anteriormente.

Esta reorientación ha implicado no solamente el destino de cosechas sino también la dedicación de áreas agrícolas, como ha ocurrido en Brasil y comienza a ocurrir en Colombia con cultivos como la caña de azúcar y tierras agrícolas como las dedicadas a la producción de arroz, de las cuales, según informe de Fedearroz de 2007, actualmente se ha reorientado el 10% a la producción de palma aceitera.

La producción de agrocombustibles ha generado inquietudes en distintos sectores sociales a nivel internacional y nacional; dentro de estos últimos, el gobierno de Colombia, representando a los productores, ha propuesto orientar gran parte de los esfuerzos dirigidos hacia la recuperación de la agricultura en la promoción de cultivos de tardío rendimiento y agrocombustibles (Presidencia de la República, 2005). Al mismo tiempo, el ministerio público, así como voceros y representantes de comunidades afectadas por el desplazamiento forzado de territorios en los que se están implantando estos cultivos han señalado los hechos que vienen acompañando este proceso<sup>30</sup>.

En el caso de Colombia, gran parte de las tierras dedicadas a la palma africana corresponde a ampliaciones de la frontera agrícola, particularmente en porciones del bosque húmedo tropical de la región bioPacífica, incluyendo la cuenca del río Atrato, el piedemonte de la Orinoquia y la Amazonia. Estas nuevas circunstancias expresan la incorporación de la agricultura de plantación en la región como proceso diferenciado de los modelos de explotación aplicados antes en la región, centrados en las actividades extractivas, ganadería extensiva y agriculturas de subsistencia.

<sup>29</sup> Ver PROCURADURÍA GENERAL DE LA NACIÓN. *Territorio, patrimonio y desplazamiento*. Bogotá, (s.f.).

<sup>30</sup> Ver PROCURADURÍA GENERAL DE LA REPÚBLICA. *Territorio, patrimonio y desplazamiento*. Bogotá, 2005; MINGORANCE, F. et al. *La palma africana en el Chocó*. Bogotá: Diócesis del Chocó/Human Rights Everywhere, 2004.

A diferencia de lo ocurrido en otros países amazónicos, en particular Brasil y Perú, el ingreso masivo de la agricultura de plantación a la Amazonia colombiana es un proceso relativamente novedoso, dado que los desarrollos propiamente agrícolas de nuestra historia como nación se han establecido en los valles interandinos, porciones de la costa Caribe, más recientemente en el piedemonte de la Orinoquia y solamente de manera marginal en la Amazonia.

Estas circunstancias han incidido en el muy limitado desarrollo de la investigación en la agricultura del bosque húmedo en Colombia, con excepción de los estudios mencionados por Navas (1982) y las investigaciones sobre distintas modalidades de agriculturas precolombinas y practicadas hasta el presente por pueblos originarios, lo cual, a su vez ha incidido en la precariedad de los asentamientos (colonizaciones) procedentes del mundo andino, pues, como es ampliamente conocido, la incorporación del espacio amazónico en la conciencia territorial del país es un proceso relativamente reciente.

## ¿HACIA UN NUEVO PARADIGMA?

Estas notas se iniciaron con comentarios en torno a las preocupaciones sobre el petróleo: las estimaciones sobre las magnitudes reales de las reservas, el impacto de estos estimativos sobre los precios y la búsqueda de alternativas para la producción de combustibles.

A partir de estas inquietudes se derivaron las consideraciones sobre los impactos que esta búsqueda tiene en la Amazonia, considerando, de una parte, su importancia y su vulnerabilidad y, de otra, la trayectoria de la humanidad en esta región, sustentada a lo largo de siglos, en la construcción y aplicación de distintas tecnologías agrícolas. Estas últimas entran en consideración en la medida en que algunas de las alternativas para los combustibles fósiles son agrocombustibles.

Desde ahora se plantea una inquietud básica: teniendo en cuenta que la información sobre las reservas de petróleo es del dominio cerrado de las multinacionales que controlan gran parte de su oferta, ¿cuál es la verdad sobre las magnitudes de estas reservas? Alimenta este primer cuestionamiento el carácter

errático de los precios, el cual más parece efecto de operaciones especulativas que de condiciones objetivas del mercado.

Derivado de esta primera inquietud surge un tema central, presente en las agendas de agencias internacionales<sup>31</sup> y al cual se hizo referencia anteriormente: el cambio del “paradigma energético” centrado en el petróleo.

Sin vislumbrar los alcances que pueden tener los efectos del cambio climático en la civilización actual, tal como la conocemos y sin certezas sobre la duración que pueden alcanzar las reservas de hidrocarburos, diversos sectores han comenzado a orientarse hacia la búsqueda de cambios en los patrones de consumo. Las incertidumbres sobre la seguridad alimentaria seguramente obligarán, a este y otros países a replantear la producción de estos bienes en términos de sus tecnologías (afectadas por los precios de los insumos derivados del petróleo) y de sus localizaciones, considerando su reubicación en mayor cercanía de los centros de consumo, con miras igualmente en la reducción de los costos de transporte, por la vía del ahorro de combustibles.

Estos criterios apuntan a la reubicación de la producción a través de su reordenamiento territorial y con él a la recomposición de la estructura de la propiedad. Si se tiene en cuenta cómo el monopolio de propiedad grava los costos de producción, la eliminación de la concentración de la propiedad será una estrategia central para reducir estos costos de la producción<sup>32</sup>.

Un reordenamiento de los espacios de la producción agrícola orientado por la búsqueda de la reducción de sus costos y de la racionalización del aprovechamiento de los ecosistemas conduciría igualmente a disminuir la presión poblacional y económica sobre la Amazonia y a densificar los asentamientos en el interior de la frontera agraria, optimizando el aprovechamiento de las infraestructuras existentes y dando usos adecuados a los suelos aptos en estos espacios.

<sup>31</sup> Ver SÁNCHEZ A.F. (CEPAL). Biocombustibles: seguridad energética, cambio climático y seguridad alimentaria. Seminario Biocombustibles, entre Seguridad Energética y Cambio Climático. América Latina frente al debate internacional, Río de Janeiro, agosto de 2008.

<sup>32</sup> Ver THE WORLD BANK. *Colombia: Land Policy in Transition*. Report no. 27942 CO, enero de 2004; MINISTERIO DE AGRICULTURA. *La agricultura colombiana frente al Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos*. Bogotá: Bolsa Agropecuaria, 2005 (costos de producción, p. 92 y ss.).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ACOSTA, L.E. *Guaviare: puente a la Amazonia*. Bogotá: Instituto Amazónico de Investigaciones Científicas, Sinchi, 1994.
- AGUILERA, M.M. *Palma africana en la Costa Caribe: un semillero de empresas solidarias*. Bogotá: Banco de la República, 2002.
- ALVIM, P.T. *Una evaluación en perspectiva de los cultivos perennes en la cuenca amazónica*. En: HETCH, S.B. *Amazonia. Investigación sobre agricultura y uso de tierras*. Cali: Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT), 1982, p. 326.
- BOSERUP, E. *The conditions of agricultural growth. The economics of agrarian change under population pressure*. London: Earthscan Publications, 2002.
- CABRERA, G., FRANKY, C., MAHECHA, D. *Los Nukak: nómadas de la Amazonia colombiana*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1999.
- DOMÍNGUEZ, C., GÓMEZ, A. *La economía extractiva en la Amazonia colombiana 1850-1930*. Bogotá: Tropenbos, Corporación Colombiana para la Amazonia, 1990.
- FALS BORDA, O. et al. *La insurgencia de las provincias. Hacia un nuevo ordenamiento territorial para Colombia*. Bogotá: Siglo XXI Editores, 1988, p. 20.
- FAO Newsroom, 2006.
- GONZÁLEZ, J.J. *El estigma de las repúblicas independientes 1955-1965*. Bogotá: Cinep, 1992.
- INSTITUTO COLOMBIANO DE LA REFORMA AGRARIA (INCORA). *La colonización en Colombia. Una evaluación del proceso*. Bogotá: Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), 1974.
- JARAMILLO, J.E., MORA, L., CUBIDES, F. *Colonización, coca y guerrilla*. Bogotá: Alianza Editorial Colombiana, 1989.
- MÁRQUEZ, G. *De la abundancia a la escasez. La transformación de ecosistemas en Colombia*. En: PALACIO, G. (ed.), *Naturaleza en disputa. Ensayos de historia ambiental 1850 1995*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2001, p. 339.
- MEJÍA G., M. *Amazonia colombiana. Historia del uso de la tierra*. Bogotá: Corpes Amazonia, 1993, p. 127.
- MINGORANCE, F. et al. *El cultivo de la palma africana en el Chocó. Legitimidad ambiental, territorial y derechos humanos*. Human Rights Everywhere. Bogotá: Diócesis de Quibdó, 2004.
- MORCOTE, G., MORA, S., FRANKY, C. *Pueblos y paisajes antiguos de la selva amazónica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2006.
- NAVAS, A.J. *Algunas consideraciones sobre la Amazonia colombiana*. En: HETCH, S.B. *Amazonia. Investigación sobre agricultura y uso de tierras*. Cali: Centro Internacional de Agricultura Tropical (CIAT), 1982.
- PINEDA C., R. *Historia oral y proceso esclavista en el Caquetá*. Bogotá: Banco de la República, 1985.
- POPESCU, P. *El Amazonas nace en el cielo*. Bogotá: Norma, 1993.
- PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA. *Visión Colombia. Segundo centenario: 2019*. 3.ª ed., Bogotá, 2005.
- RAMÍREZ DE JARA, M.C. *Frontera fluida entre Andes, Piedemonte y Selva. El caso del valle de Sibundoy, siglos XVI y XVII*. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, 1996.
- RAMÍREZ, C. *Entre el Estado y la guerrilla: identidad y ciudadanía en el movimiento de los campesinos cocaleros del Putumayo*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología, 2001, p. 33 y ss.
- REVISTA SEMANA, Bogotá, abril 27, 2008.
- UNITED NATIONS OFFICE ON DRUGS AND CRIME (UNODC). *Colombia. Monitoreo de cultivos de coca*. Junio de 2008.
- URIBE, S. *Los cultivos ilícitos en Colombia. Extensión, técnicas y tecnologías para la producción y rendimientos. Magnitud de la industria*. En: THOUMI, F. et al. *Drogas ilícitas en Colombia. Su impacto económico, político y social*. Bogotá: Ediciones Ariel, 1997.
- USECHE, M. *El proceso colonial en el Alto Orinoco-río Negro durante los siglos XVI, XVII y XVIII: una introducción a la etnohistoria colonial*. Bogotá: Banco de la República, 1984.

